

Carlos Martínez Assad

¿Qué hay detrás de las once puertas?

Aline Pettersson

Hay otras once y otras once y otras once y... Cómo me alegra estar hoy aquí entrando y saliendo por las casi infinitas puertas que se abren al abrir el libro del *habibi* Carlos Martínez Assad. El mismo que cita a Rulfo en cuanto a cómo una buena novela —esta lo es— acaba por establecer una verdad, digamos que verdadera. El lector se deja cautivar por los relatos como lo hizo Harún Al-Rashid hará casi milenio y medio. Y pese a la leyenda de mala fama con las predecesoras de Sherezada, el califa fue un hombre muy destacado en las ciencias y el arte de su tiempo, pero su conocimiento del mundo era más angosto.

En *La casa de las once puertas* hay referencias a guerras, invasiones, treguas, migraciones de la historia moderna y otras referentes a la historia antigua que no sé si Carlos, pero que yo estudié en primaria o secundaria. Nunca olvidé los nombres de Sidón y Tiro, los ríos Tigris y Éufrates, el Nilo, pero no del triste presente, sino de aquel pasado remoto donde se inició la cultura que llegó a Occidente. Sin embargo, para Martínez Assad esos nombres rebasan los libros de texto para ser lugares concretos alrededor de los antecedentes de su familia. El tiempo, o mejor, los tiempos del libro se expanden, además, en la geografía, en las costumbres de regiones lejanas de otro continente que comparan —imposible que fuera de otra manera— rasgos de la condición humana, cercanías y diferencias, empatía y asombro con este continente nuestro, al otro lado del mar. La novela está poblada de voces que van integrando un mosaico tan rico como los minuciosos dibujos árabes o los bordados de la Huasteca. La procedencia de dichas voces es variada en tiempos vitales, es decir, que se incorporan y se dejan

atrás cuando se cumple la estadía en el mundo, pero que se han ido integrando en la memoria del narrador y, asimismo, en la del lector que reconoce (en mi caso) tonos, canciones, modas de nuestro país.

La voz del nieto José describe lo que ha escuchado de su madre, de su nana, de la comunidad familiar, la presencia del abuelo Selim, cuyo nombre transformó en Salvador al llegar de Líbano e instalarse en nuestro país finalmente en la Huasteca hidalguense, en el pueblo de Huejutla. Y su cambio de tierra da pie al relato.

A lo largo del libro aparece otra voz que narra también y que al principio desconcierta, pero que, poco a poco, va dando cuenta de la historia de la región con toda la conocida violencia de sus cacicazgos. Yo puedo pensar en apellidos eternizados en el poder abusivo en ese estado.

La casa de las once puertas pone frente al lector asuntos familiares, asuntos privados y públicos de antes, de ahora y también de épocas muy lejanas en una región del mundo y en la otra. El narrador, ávido desde la infancia de escuchar historias, irá haciéndose adulto, tal como lo refleja el cambio de lenguaje, de puntos de vista y el conocimiento que aquel niño fue incorporando al madurar. Y esta imperceptible transformación de quien escucha y ahora relata es un gran logro del escritor y quien lee lo disfruta vuelto su cómplice.

Es probable que la historia de los pueblos se haya pasado de boca en boca a lo largo de los siglos. Es más que probable que la necesidad que hemos tenido de escuchar y narrar historias nos lleve a un conocimiento más entrañable de quiénes somos, de quiénes nos precedieron, de quiénes han formado nuestra comunidad, de “la suma de identidades que todos lle-

vamos dentro”. Y, en este caso, de las diversas lenguas que atraviesan este libro tan ilustrativo como encantador.

La novela se abre con un relato donde se entretajan cada noche la fantasía y la triste locura de un sueño no cumplido. La joven de la narración, a pesar de los datos concretos que se ofrecen, se le transforma al lector en una doncella de *Las mil y una noches*. Y será con esa misma técnica dilatoria que se complete su historia. Quien lee el libro quiere saber más y más de lo que ocurre, como aquel legendario califa o como un niño siempre ávido de historias.

Quien migra abandona su patria forzado un poco o un mucho por las circunstancias políticas, religiosas o económicas que lo llevan a dejar atrás a la gente querida, la tierra querida, las costumbres, la lengua, la comida. Sin embargo, eso mismo enriquecerá la región que lo acoja, ya que la persona trae consigo rasgos de su vida anterior que querría conservar y compartir. De eso habla *La casa de las once puertas*. Carlos quizá sea “el más afortunado —es decir, Assad, con una *a* de menos, porque la segunda se quedó en Líbano— de la fiesta”, es decir, perteneciente a la familia Eid.

El abuelo construyó una casa para él y sus nueve hijos al enviudar por segunda vez. Las puertas eran de madera de cedro, como deben haber sido las que dejó atrás. Huejutla viene del náhuatl *Huexotl*: lugar donde abundan los sauces. Y mientras en su país de origen “había vid, olivos, encinos, higueras y pinos generosos”, en el de acogida había “guayabos, cañas, plátanos, chicozapotes y naranjos” y proliferaban encinos de otra especie.

La familia emigró cuando Líbano aún formaba parte del Imperio Otomano, que

lo fue hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, y logró su independencia apenas en 1947. Líbano fue también protectorado francés, así que cuenta con un bagaje lingüístico variado. El abuelo Selim Assad llegó a Veracruz en 1900 y se asentó en un lugar de población tanto náhuatl, con su lengua incluida, como mestiza. Y aprendió a traducir del árabe *chou helue* a muy bueno y *mero cuali* en náhuatl. Por aquel tiempo de México, las costumbres de los pueblos nativos y las otras eran muy diferentes, como siguen siéndolo hoy en algunas regiones, que todos tenemos en mente. Las de los inmigrantes, libaneses en este caso, con su comida y dulcísimos postres fueron una aportación que, hoy en día, es muy gustada, no entre los amigos de los Assad sino en muchas regiones de nuestro país.

De pronto, en mi lectura, se ilumina la otra voz que narra. En la del nieto, deseoso de historias, somos transportados a la tierra de sus antepasados, a las Cruzadas, al triste guerrear del género humano a través de siglos y milenios. En la otra voz reconocemos el devenir de una época relativamente reciente en México. Volvemos a escuchar el relato de un maestro rural, hoy en día tan presente por los horribles y no esclarecidos crímenes en Guerrero. El hombre, Pedro Hernández, habla de la educación socialista que impulsó el

presidente Cárdenas y de la que yo alcancé todavía a beneficiarme en mis muy primeros años escolares. Habla de la Guerra Cristera. Habla del reparto agrario y los guardias rurales. Habla de las muertes violentas. Habla de los enconados intentos posteriores para que los pueblos originarios se avergonzaran de “la lengua” y ya no la transmitieran a su descendencia. Habla de la voluntad política, en los proyectos educativos, que pretendían, y quizá pretendan, no aceptar diferencias, e igualar a un niño de la ciudad con un niño campesino, cuando su entorno y sus intereses casi no se tocan.

He mencionado algunas de las circunstancias que rodean a los personajes de *La casa de las once puertas*. Me detengo un momento, ya que parecería que mis comentarios pueden llevar a concluir que se trata de un libro que sólo describe costumbres. Que se regodea paladeando con palabras la multitud tan variada y deliciosa de elementos que constituyen la vida, la cocina, los tonos de un lado del mundo y del otro. Que se pregunta, por ejemplo, cómo la población de Líbano, que fue mayoritariamente cristiana maronita, hoy en día sea musulmana. Que relata la lacra de siempre, los abusos del cacique o las autoridades que ejercen la violencia en contra de los pobladores. Que acerca todos los sentidos exaltados del lector al merca-

do semanal de Huejutla. Todo eso suena bien, pero quizá sugiera una trama anecdótica tenue. Pues claro que no, la novela está poblada de historias y los hilos se van trenzando hasta que, al mero final, el lector va a encontrarse con una enorme sorpresa narrativa.

El relato oral que conforma la novela es como eran y son los transmitidos de boca en boca, que se dilatan, interrumpen, recomienzan, dan un salto hacia atrás o hacia adelante. La historia que se organiza, casi tomando al dictado lo que las voces narran, ya sea con pluma de ave, *montblanc*, bolígrafo o ahora con la yema de los dedos. Y seguramente la escritura “oral” de Martínez Assad ha influido estas líneas mías, siguiendo el tono de los relatos de la madre o de la nana que van y vienen repitiendo o agregando. Había un regodeo en ambas que desesperaba al niño, pero que esas entrañables Sherezadas gozaban contando, como el lector gozará escuchando con los ojos.

Sin embargo, dentro de *La casa de las once puertas* aparecen dos textos “realmente” escritos: el primero es una memoria del viaje a Medio Oriente de uno de los personajes y que la madre lee al jovencito. El lector, como la madre misma, o cualquiera que se acerque a esta hermosa novela, lo disfrutará porque se alzan, ante los ojos de la imaginación, el paisaje, la gente, la belleza de las ciudades y sus fantásticas transformaciones a través de los siglos. La carta fue escrita amorosamente por dicho personaje, Eraín, pero él también usó los ojos de la imaginación porque nunca hizo ese viaje.

Muchos años después, José, el narrador, le escribe a su madre: “Sé que te gustaría estar aquí y mirar conmigo este paisaje, ver la bahía de Beirut desde la altura a través de la forma de paraguas de los pinos piñoneros para hacer realidad el lugar de las fantasías que le diste a mi infancia”, fantasías que Carlos Martínez Assad despertará en cada uno de sus lectores. Brindemos con *arak* o con ron, y ahora con mezcal, como lo debe haber hecho el abuelo Selim. ¡Salud! ¡*Sahtain wa Afyah!* **u**



Los niños de Assad en el interior de la casa de las once puertas

Carlos Martínez Assad, *La casa de las once puertas*, Seix Barral, México, 2014, 232 pp.